CAPITULO XI.

De las virtudes que mas particularmente recomendó Vicente á los de su Congregacion.

Conociendo Vicente que los misioneros habian sido llamados, como los discípulos del Señor, para predicar el Evangelio, quiso que al ejemplo de estos procurasen los suyos imitar las virtudes que el mismo Cristo habia practicado mientras enseñó la palabra divina, pues solo siguiendo este camino, confiaba en que produjese abundante fruto esta nueva planta. En consecuencia encargó Vicente á los de su Congregacion una santa simplicidad, la humildad, la mansedumbre, la mortificacion y el zelo por la salud de las almas; hizo que estas virtudes fuesen como el carácter natural de los suyos y el alma del instituto. Por eso decia: «La simplicidad es con respecto á Dios y con el único fin de «agradarle: la humildad, con respecto á nosotros mismos para «conocer nuestra nada y amar nuestra humillacion: la manse«dumbre, con respecto al prójimo, para sufrir sus defectos y «malos tratamientos, y para atraerlo con mas suavidad al cono«cimiento de Dios: la mortificacion es necesaria para adquirir la «mansedumbre y para superar las dificultades que se encuen«tran en el servicio de Dios; y el zelo unido á la gracia y á la ca«ridad, disipa la amargura de la mortificacion, y da consuelo en «los trabajos."

Para el ejercicio de cada una de estas virtudes y de algunas otras que particularmente recomendaba á los suyos, les daba los consejos de que hablaremos en este capítulo y en el siguiente, añadiendo en el XIII las máximas que seguia el siervo de Dios y deseaba que siguiesen sus sucesores en la admision de los miembros de la Congregacion, para que de este modo se tenga una idea completa del espíritu del instituto.

Hablando, pues, Vicente de la simplicidad, á la que daba el primer lugar, decia que así como la prudencia de la carne y el disimulo reinan en el siglo como hijos de sus máximas engañosas, así era necesario vencerlas con el espíritu de Jesucristo que es enteramente opuesto á ellas, esto es, con la sencillez, sin usar ficciones ni artificios, y sin escudarse con la falaz política de los

hombres, cuyas miras principales son la vanidad ó el interes personal. Reprobaba por esto que los de su Congregacion sin urgente necesidad tratasen con personas calificadas de grandes solo por su nobleza y no por su buena vida. Queria que huyesen de las conversaciones generalmente inútiles de semejantes personages, en las que se suele tratar únicamente de cosas mundanas y ociosas, aun cuando su comunicacion fuese con el fin de ganarles la voluntad, pues en esto habia bienes inciertos y males seguros. Recordábales tambien que aunque por motivo de las funciones de su instituto tenian que tratar con toda clase de personas, ya discretas, ya necias, nunca dejasen de usar con todas de la misma sencillez en su trato.

Pero sobre todo les encargaba que practicasen esta virtud al esplicar la palabra de Dios, y queria que los sermones, la doctrina cristiana y los discursos dirigidos á los que se habian de ordenar fuesen en estilo sencillo y familiar, «porque, decia, no es la «pompa de las palabras la que dispone el corazon y lo abre para «recibir la gracia de Dios, sino la simplicidad y la humildad." Y en apoyo de esto les presentaba el ejemplo de Jesucristo, quien pudiendo esplicar los misterios divinos en conceptos proporcionados á la alteza de su sabiduría, usaba de voces comunes para acomodarse á la capacidad de los pueblos, y dejarnos el ejemplo del modo de predicar su palabra. Presentábales tambien el ejemplo de S. Felipe Neri, elogiando el estilo llano que quiso el Santo que observasen los PP. de su Congregacion en los sermones, y con el que han convertido muchísimas almas. Pedíales en fin, que desmenuzasen el pan de la doctrina evangélica, para que todos la entendiesen y sacasen fruto de ella, cosa tan necesaria, que sin ella, como la esperiencia enseña cada dia, ningun provecho sacan los oyentes.

Deseaba que á esta simplicidad de la paloma se hermanase la prudencia de la serpiente, virtud importantísima para que el predicador no toque dañosos estremos, y para que el ardor del zelo se acomode al estado y disposicion de cada uno; pero deseaba Vicente que esta prudencia, que mide las palabras y da circunspeccion á las obras, que se abstiene de todo lo que puede ofender al prójimo ó ser contrario á la modestia eclesiástica, fuese enteramente religiosa, y no se mezclasen los falsos respe-

tos del siglo con las máximas sencillas del Evangelio, procurando tambien con no menos cuidado inspirar á los suyos el amor de la humanidad. Solia decirles que esta era la virtud de Jesucristo, la de su Santísima Madre y la de los santos mas grandes, y que la Congregacion de la Mision, como la mas inferior á todas, no debia tener mas fundamento que el de la humildad, pues sin él no podria sacar fruto alguno ni para sí ni para el prójimo; añadia despues: «Debemos regocijarnos de «que se diga que nuestra Congregacion no es útil á la Iglesia: «que en todo lo que emprende ningun bien consigue: que las «misiones se hacen sin fruto: los ejercicios de los seminarios sin «bendicion; y los de las personas que se han de ordenar, sin re«gla. Y si tuviésemos el verdadero espíritu de Jesucristo, nos «alegrariamos de ser reputados como gente inútil y perezosa. «¿No os parece cosa estraña y dificil de comprenderse el que «por una parte cada uno de los que forman una Congregacion, «por ejemplo, Pedro, Juan y Francisco, se crea obligado á huir «la honra y amar el desprecio, y por otra se pretenda que la «Congregacion debe procurarse la honra del mundo? ¿Cómo es «posible que Pedro, Juan y Francisco amen con verdad el des«precio y lo busquen, si la Congregacion que se compone de es«tos particulares, hace profesion de amar y buscar la honra y «reputacion? Es preciso confesar que estas dos cosas son in«compatibles, y por esto los misioneros deben alegrarse, no so«lo cuando se les presenta la ocasion de recibir desprecios, si«no tambien cuando se vea humillada la misma Congregacion. «Sirva esta medida para conocer los progresos que hacen en la «humildad."

Deseaba tambien el humilde siervo de Dios que tuviesen todos los suyos un trato afable y sencillo con el prójimo, pues de este modo se encadena dulcemente el corazon humano. «Bien «sé, decia, que tienen muchos sus razones para usar de moda«les graves y aun severos; pero no creo que esto sea lo que con«venga á los misioneros, ni puedo persuadirme de que saquen «fruto alguno empleando semejantes medios. Por lo cual con«tinuamente ruego á su Divina Magestad que sobre todo dé la «humildad á esta mínima Congregacion, y que esta sea su suer«te y su herencia, pues en ella se encuentran las virtudes que

«mas convienen al instituto. ¡O Salvador mio, dános esta vir«tud, dánosla como propiedad nuestra; esta virtud que tan «bien enseñaste al mundo y que tanto amaste! ¡O humildad «santa, cuán bella eres! ¡Oh pequeña Congregacion, cuán ama«ble serás, si Dios te concede la gracia de poseer hasta cierto «grado esta escelente virtud!"

Querer referir todas las alabanzas que hacia Vicente de la humildad, seria nunca acabar, pues como deseaba tanto que echase profundas raices en el corazon de los misioneros, ninguna ocasion dejaba pasar sin que manifestase sus escelencias; y como varon sabio que miraba no solo el estado presente, sino tambien el futuro, para perpetuar el amor de esta virtud, conocia que era preciso plantarlo profundamente desde el nacimiento de la Congregacion: queria que el primer cuidado de esta fuese el estudio de la humillacion, y que sus miembros tuviesen gusto particular en ser reputados por pobres de talento, de instruccion, de nacimiento: despreciados de todos y tenidos por hombres que ocupaban un lugar en el mundo sin provecho alguno, teniendo por cierto, que mientras reinase en sus almas este deseo, serian instrumentos á propósito para cumplir los designios de Dios.

Encargábales que practicasen la humildad en medio de los ejercicios que mas alabase el pueblo, y que así lo hiciesen, sin manifestar estudio en hacerlo: que dejasen de improviso la práctica de las misiones, cuando así le pareciese al superior, para que viéndolos faltar á lo comenzado, las gentes se burlasen de la poca constancia de su zelo, y ridiculizaran los trabajos que en otros lugares hubieran sido elogiados.

Y como solicitar el aplauso es lo mismo que dejar que el viento se lleve esta virtud que recomendaba, no solo declaró Vicente guerra á la ambicion, sino que intentó destruir hasta los cimientos del edificio de la vanidad, y por esto decia: «Nosotros que quere«mos adquirir gloria, gustamos que se hable de nosotros y se diga «que hacemos cosas grandes; pero ¡ay de mí! esta es una as«tucia infernal, que enmascarándose con bellos pretestos, en«venena los corazones de los que le dan entrada en su pecho. «¡O maldito deseo de brillar, cuántos bienes destruyes y cuán«tos males ocasionas! Tú haces que se predique y elogie á sí

«mismo el que no debia predicar mas que á Cristo, y que de «este modo en vez de edificar destruya."

Despues de recomendar tanto Vicente á sus hijos la humildad, les aconsejaba la observancia de la mansedumbre, y les exhortaba á tratar suavemente con el prójimo, sufriendo con paciencia los defectos de los flacos y los escesos de los atrevidos. Queria que alentasen á las almas para aborrecer las culpas, con aquella dulzura que nace de un corazon tierno y lleno de caridad cristiana: decia que muchas veces se valia el demonio de la condicion áspera de algunos, para indisponer los ánimos al arrepentimiento, y hacerlas caer de un precipicio en otro. Deseaba principalmente que se tratase con afabilidad á la gente mas pobre y vil de los pueblos, y no podia sufrir que se usase con ellos de modales imperiosos y severos: «Porque, solia de«cir, con este modo de proceder quedan las gentes disgusta«das, y no se atreven á llegar á nosotros, creyendo que somos «demasiado austeros ó personas de un nacimiento muy supe«rior á su humilde condicion, y que para hablarnos han menes«ter usar de cumplimientos y de ceremonias no practicadas en«tre ellos; pero si uno se muestra afable, ellos tambien, for«mando otro concepto de nosotros, se muestran mas dispuestos «á aprovecharse de nuestros consejos; por lo que ya que Dios «nos ha destinado al servicio de los pobres, debemos consagrar«nos á ellos del modo que les sea mas provechoso, esto es, con «mucha amabilidad y ternura, teniendo siempre en el corazon, «como si á cada uno de nosotros se hubiese dicho, las palabras «del Sabio: *Congregationi pauperum affabilem te facito.*"

En todas ocasiones queria que usasen los misioneros de dulzura; pero mas particularmente con los pecadores obstinados, y no podia tolerar que en los sermones se hiciese uso de palabras picantes, que mas sirven para desalentar que para animar á los oyentes, y mas mortifican que conmueven. Creia, y con razon, que la enmienda debia esperarse de la eficacia de la verdad evangélica, dicha con amor y ternura, y no con gritos y comparaciones espantosas que aturden la cabeza sin tocar el corazon, y así decia, que los que tal hacen «son semejan«tes á los torrentes, que solo tienen fuerza en el momento de «su impetuosa avenida, y poco despues se secan; pero los rios,

«símbolo de las personas benignas y mansas, siguen su curso «tranquilo y nunca llegan á secarse." La prudencia aconseja que al predicar se observe el lugar, la persona, el tiempo y la causa, y se procure persuadir, avasallando la razon para rendir despues fácilmente la voluntad.

Exhortaba igualmente á los suyos á que huyesen de la adulacion, y que siempre atendiesen á decir la verdad, sin hacer caso alguno á la grandeza ni al poder. «Dios nos guarde, decia, «de adular á un hombre por adquirir su estimacion. Sea pues «nuestra máxima, hacer mucho por el amor de Dios, y nada por «la estimacion de los hombres: trabajar por su salud, sin hacer «aprecio de sus palabras: ser afables, pero no aduladores, porque «nada es mas indigno de un corazon cristiano que la adula«cion." Si observasen los predicadores con exactitud estas máximas, en todos tiempos sacarian mucho fruto de sus trabajos evangélicos.

CAPITULO XII.

Prosigue la misma materia.

Como la mortificacion es una especie de prision de los vicios, que sofocando el ímpetu de las pasiones parece que da tanto vigor al espíritu cuanto quita al cuerpo, quiso Vicente que sus hijos poseyesen en grado eminente esta virtud, necesaria á toda clase de personas, pero mas particularmente á los que tienen el yugo de la obediencia. Estos sentimientos de Vicente se notan bien en lo que dejó escrito de su propia mano, tratando de las disposiciones que deben tener los que pretenden entrar á la Congregacion. «El que quiera, dice, ser admitido en esta «compañía, ha de disponerse á vivir en la tierra como peregrino, «y si fuese necesario, ponerse en ridículo por Cristo; ha de mu«dar de costumbres, mortificar sus pasiones y buscar únicamente «á Dios, y sujetándose á todos, se ha de considerar el mas pe«queño de ellos. Debe convencerse que ha venido para servir «y no para gobernar, para trabajar todo el tiempo de su vida

000238